





Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Todos los sucesos y personajes son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

© 2025, Arturo del Burgo. Gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-56-0

Código IBIC: FA

DL: B 16.334-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Sergí Godía

Impreso en enero de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Arturo del Burgo

# No mientas



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2025



*Para mis hijos, Patricia y Arturo,  
el capítulo más bonito de mi vida*



# Prólogo

A las 13:10 horas de un miércoles de noviembre sombrío y desapacible, Iban Echeverría se afana en terminar un artículo sobre la última comparecencia del alcalde. Debe entregarlo en unos minutos para la versión digital de *Euskadi Hoy* y le está costando mantener la concentración bajo el incesante murmullo que asedia la redacción. Mira la hora impaciente. Está a la espera de recibir un correo electrónico del departamento de prensa del Ayuntamiento para dar por terminado el artículo, pero se están retrasando. Decide entrar en la carpeta de *spam*, por si acaso estuviera allí.

Tras una ojeada al bombardeo habitual de correo basura y no encontrar lo que busca, repara en un asunto justo antes de cerrar la bandeja. Es un texto sencillo, sin los típicos signos de exclamación ni los destacados en negrita propios de ese tipo de mensajes. Dice simplemente: «No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima».

Duda un instante, sobre todo cuando observa que contiene un archivo adjunto y, con él, la amenaza obvia de un virus. Si esa imprudencia terminara infectando su ordenador y, peor aún, propagando el desastre al resto de los compañeros, tendría que dar muchas explicaciones a su jefa.

Sin embargo, no puede dejar de mirar esa frase directa, amenazante, tan diferente de los llamativos reclamos de las páginas de contactos o de las promesas de dinero fácil que inundan la bandeja de *spam*. Por si fuera poco, el remitente también le intriga: «Infidelis». Abre el navegador dispuesto a conceder a ese correo unos segundos más de su tiempo antes de desecharlo, tal y como le apremia su instinto.

«Infiel», en latín. Demasiado sofisticado para ser un *spam* cual-

quiera. Coloca el ratón sobre la línea del correo y lo mantiene en suspenso hasta que se decide. Confía en que el antivirus haga su trabajo.

Iban Echeverría será el único de los más de cuarenta periodistas a los que se ha enviado el mismo correo que lo abrirá; el único que tendrá en su mano impedir el crimen anunciado y salvar la vida de una mujer.

# Capítulo 1

## DESGARRO

*A pesar de que apenas tenía diez años cuando se desató la pesadilla, aún siente cómo su cuerpo se tensa y la respiración se agita cada vez que lo recuerda. Y aquella noche del verano de 1989 se le presenta regularmente, sin que el paso del tiempo sea capaz de mitigarla.*

*La carretera transcurría sinuosa por un bosque que aparecía siniestro en aquella noche cerrada. El hombre conducía alterado, fumando un cigarrillo y ajeno al silencio de sus dos hijos, sentados en el asiento posterior.*

*El fin de semana que iban a pasar en casa de sus abuelos se había visto interrumpido de repente, cuando su padre los había despertado en mitad de la noche para volver a casa. Sabían que algo no iba bien, quizá su madre, que no había podido acompañarlos porque tenía que trabajar, se había puesto enferma, o había tenido un accidente, o cualquier otra desgracia que su padre había preferido omitirles. Dos horas de viaje que habían resultado eternas, ante un padre que conducía errático debido al alcohol que iba consumiendo.*

*Al acercarse a la casa apagó las luces del vehículo. Ralentizó la marcha y salió de la carretera despacio para adentrarse en la explanada donde se asentaba la casa. Descubrieron entonces que junto al Nissan de su madre había aparcado otro vehículo desconocido.*

*El padre apretó fuerte el volante, agachó la cabeza y comenzó a llorar, murmurando unas palabras ininteligibles. Cogió la botella que reposaba en el asiento del acompañante y bebió de un trago la mitad de lo que quedaba. Sin decir nada, salió del coche y se dirigió hacia la casa.*

*Los dos hermanos seguían con la mirada sus pasos mientras se acercaba a la puerta. Se detuvo frente a ella unos instantes. Luego entró. —¿Qué hacemos? —preguntó el niño.*

*–Nada –respondió tajante su hermana–. Esperar.*

*Los gritos resonaron en el silencio del bosque. Las luces de la casa se encendieron de pronto y se oyeron fuertes golpes. Un hombre desnudo emergió de un lateral de la casa y corrió hacia el vehículo desconocido mientras los gritos arreciaban en el interior. Tardó unos segundos en arrancar y dar marcha atrás para enfilar la salida.*

*El padre apareció bajo el umbral de la puerta portando su rifle de caza. La madre estaba junto a él, desnuda y fuera de sí, tratando de impedir que cargara el arma. La derribó de un fuerte manotazo ante la mirada de sus hijos, que temblaban de miedo.*

*El coche desconocido aceleró y pasó junto a ellos, dejando tras de sí una nube de polvo. En ese momento se oyeron los disparos.*

*–¡Agáchate! –ordenó la niña, y los dos escondieron la cabeza.*

*Los disparos cesaron, el coche se había ido.*

*A partir de ahí, la oscuridad.*

## 1

Nada molesta más a Adriana Collante que la interrumpan durante la hora de la comida. Solo pide veinte minutos de soledad y silencio, y ciertamente no es mucho pedir a cambio de las doce horas diarias que dedica a su trabajo como subinspectora de Homicidios. A sus compañeros les da igual comer en cualquier sitio, de pie o en su propio escritorio, para ellos no es más que una mera necesidad biológica. Para ella no. Su madre piensa que es por sus orígenes italianos; su abuela nació en un pueblecito cerca de Florencia y Adriana siempre idolatró su *dolce vita*. Ella sí sabía disfrutar de una comida tranquila regada con un buen vino, una sobremesa hasta el atardecer gozando de la vida como solo se puede hacer a orillas del Mediterráneo...

Adriana nació en San Sebastián y en realidad solo ha estado un par de veces en Italia, así que poco arraigo tiene con sus ancestros. A sus treinta y cinco años vive entregada a su trabajo y en estos momentos solo pide un poco de tranquilidad para acabar de comer.

Pero hoy no es el día.

Justo cuando va a llevarse a la boca un tenedor cubierto de espinacas, naranja y pistachos, comida para caracoles que ingiere «para poder seguir entrando en una 38», como se dice a sí misma, suena el teléfono.

—¿Dónde estás?

—Comiendo, inspector.

—Pues sal cagando leches al hotel Iturmendi. Por tu posición, veo que eres la que más cerca estás.

Adriana maldice los localizadores GPS.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cagando leches, Adriana.

Cuelga.

Por desgracia, la comida deberá esperar. Envía un mensaje a Mario para decirle que tiene que marcharse, que no lo espera más. Para variar, llega tarde. No sabe por qué se empeña en quedar a comer con él. Paga la cuenta y sale a la calle.

El calor del establecimiento se desvanece y un torrente de aire gélido la golpea inclemente, congelando cada centímetro de piel expuesta. Sube rápido al coche, aparcado justo enfrente, enciende la calefacción al máximo, saca la sirena de la guantera y la coloca sobre el techo. Arranca y recorre a gran velocidad las calles que le faltan para salir de la ciudad y enfilarse en la AP-8. Aprovecha para llamar a su segundo e interrumpir su comida con la misma urgencia con la que han cortado la suya. Él tampoco sabe de qué va.

Salida de la autopista y enfila la carretera que colinda con el mar. Se le escapan un par de miradas hacia el horizonte, que aparece lóbrego. El navegador indica el desvío y toma una ruta que asciende sinuosa por la montaña. Las enormes hayas bordean el camino y ocultan el cielo. Se encienden las luces automáticas del coche, y eso que solo son las tres y media. «Esto en el Mediterráneo no pasa», se dice sarcástica.

Adriana localiza la entrada al recinto del hotel, un portalón de hierro forjado que permanece abierto, anunciando un camino que conduce hasta el imponente edificio, rodeado de un césped cuidado y bonitas flores. Junto a la puerta, un coche patrulla. Aparca junto a él y, al salir del vehículo, de nuevo la corriente de aire frío y desapacible le golpea la cara. Pese a ello, la subinspectora no puede dejar de admirar el hotel. Es un caserón de piedra y madera con el techo a dos aguas y un perímetro bien cuidado delimitando el bosque que envuelve todo el lugar. Detrás del edificio se aprecia un viñedo que se abre hacia el horizonte, en lo que parece una vista de postal.

Aguirre, un agente apocado y cansado que cuenta las horas que le quedan para jubilarse, se le acerca, encantado de cederle el testigo.

—El director del hotel está que le da un ataque —señala en cuanto la ve—. Nos pide la máxima discreción.

–Bueno –responde Adriana mientras se cuelga la placa por encima del abrigo–, eso depende. ¿Qué tenemos?

–Una mujer... Siete puñaladas..., una sangría.

–¿Cuándo ha ocurrido?

–La han encontrado hace una media hora. Al parecer había quedado con un hombre, un tal Irastorza o algo así. Está arriba. Ha sido él quien ha llamado.

Ambos entran en la recepción, amplia y elegante, coronada por una imponente escalera de madera y ese olor que desprenden los hoteles de lujo. Hay algunos clientes sentados en un saloncito y algún otro en el porche. El personal del hotel, parapetado tras el mostrador, los sigue con la mirada, todavía incrédulos ante lo ocurrido.

Sale a su encuentro un hombre alto, con un elegante traje gris marengo sin corbata, que trata de mantener la compostura pese a su evidente nerviosismo. Saluda en voz baja:

–¿Es usted la detective?

–Subinspectora Collante.

Le tiende la mano.

–Soy Martín Garmendia, director del hotel. Estamos consternados por lo ocurrido. Permítame que la acompañe.

–¿Cuándo la han encontrado?

–Hace solo unos minutos. El señor Irastorza ha dado la voz de alarma. Ha sido él quien los ha llamado y luego nos ha avisado a nosotros. Han venido ustedes muy rápido.

–¿Cuánta gente hay ahora mismo en el hotel, señor Garmendia, entre huéspedes y trabajadores?

–No es temporada alta, afortunadamente. Tenemos en este momento doce clientes y cuatro trabajadores.

Adriana se detiene junto a la escalera. Ha pasado tiempo más que suficiente para que el asesino haya huido del hotel, que es seguramente lo que ha ocurrido. Se esfuerza por recordar el protocolo y los pasos que hay que dar ante un homicidio cometido en un establecimiento público. En todo caso, no puede permitir que la gente entre y salga con normalidad, sobre todo que salga, cuando tiene un cadáver arriba que ni tan siquiera ha visto.

—Aunque esto no le guste, señor Garmendía, tenemos que cerrar el hotel. Seremos rápidos, se lo aseguro, y confío en que en un par de horas como máximo pueda reabrir con normalidad. Vamos a pedir refuerzos para que nos ayuden con las declaraciones, pero entretanto necesito que todos vayan a sus habitaciones y permanezcan allí hasta que hayamos hablado con ellos. Y los trabajadores, a la oficina.

El director se frota las sienes, tiene el rostro desencajado.

—¡Dios mío, agente! Esto va a ser un escándalo. ¿No habría forma...?

—No es un escándalo, señor Garmendía, es un asesinato—le corta de manera tajante—. Este hotel ha sido el escenario de un crimen y sus clientes son potenciales testigos. Todo ello sin contar con que el propio asesino podría estar todavía aquí. —La mirada de la subinspectora no admite réplica—. Aguirre, ocúpate, por favor. Avisa a la central y que nos envíen refuerzos para registrar el hotel. Señor Garmendía, le agradecería que me acompañara a la habitación. Será un momento. Luego podrá bajar a gestionar todo esto.

Aguirre se marcha con su habitual desgana mientras el director del establecimiento y Adriana suben las escaleras.

—¿Conocía a la víctima?

—Sí..., bueno, era una clienta más o menos habitual.

—¿Puede decirme algo sobre ella?

El hombre, nervioso, mira al suelo, debatiéndose entre los límites de la protección de datos y la confidencialidad.

—Está muerta, señor Garmendía. Y esto es una investigación policial. Así que le ruego que conteste a mis preguntas de manera rápida y certera.

—La señora Fraile...

—¿Nombre de pila?

—Daniela Fraile. Acudía a nuestro establecimiento una vez por semana desde hacía varios meses. Solía pasar aquí unas horas, normalmente al mediodía, rara vez se quedaba a pasar una noche completa.

Ya en la segunda planta, se abre frente a ellos un pasillo enmoquetado de un bonito color cereza, flanqueado por las puertas

de las habitaciones, que, junto con el friso a media altura y un decorativo papel arena que recorre las paredes, le confiere esa imagen selecta y elegante propia de hoteles que el sueldo de un simple mortal no alcanza a pagar. En esa planta hay únicamente seis habitaciones.

Al fondo del pasillo, un agente custodia dos puertas enfrentadas que permanecen abiertas.

–Es la número 12 –prosigue el director mientras ambos avanzan por el corredor–. Hoy tenemos solo una habitación ocupada en esta misma planta, la 9.

–¿La señora Fraile venía normalmente sola?

Otra vez se advierte cierta turbación en el rostro del director.

–No, no... , solía acudir siempre acompañada del señor Irastorza, Goyo Irastorza. Estaba muy nervioso y le hemos acomodado en la habitación de enfrente.

–Puede marcharse, señor Garmendia. Insista a los huéspedes en que deben permanecer en sus habitaciones hasta que un agente vaya a hablar con ellos. No tardaremos.

El hombre asiente y se marcha por el pasillo, balbuceando algunas palabras ininteligibles.

En ese momento, Adriana detiene el tiempo. Cierra los ojos antes de entrar, se toma un segundo para controlar sus pulsaciones y asimilar la descarga de adrenalina que precede a observar la escena de un crimen. Es consciente de que lo que esconde esa habitación, lo que está a punto de presenciar, se quedará en su retina para siempre, ocupará sus noches sin dormir de ahora en adelante, la acompañará junto a tantas otras víctimas en las vigiliadas de madrugada. Se coloca unos guantes y unas calzas sobre las zapatillas y accede al interior.

En la entrada, la habitación tiene un saloncito con un escritorio, un sofá y un televisor enorme fijado a la pared. La tenue luz del día encapotado se cuelga a través de la ventana. Hay un abrigo negro colgado de un sillón, junto a un pequeño bolso. Una puerta corredera entreabierta descubre un espacio coronado por una cama de matrimonio, sumido en la penumbra que generan unas grandes cortinas de terciopelo. Adriana entra y la ve por fin.

Una mujer tendida en la cama, con una venda oscura tapándole los ojos y las manos esposadas sobre el regazo, con el torso cubierto de sangre, una sangre que empapa también las sábanas blancas. Lleva puesto un conjunto de lencería negro de un fino encaje casi transparente, que contrasta con su tez pálida. Tendrá algo más de cuarenta años, un cuerpo esbelto, larga melena rubia, labios rojos que muestran unos dientes blancos, con una boca congelada en un gesto de sorpresa y dolor.

Tras la subinspectora, su compañero espera en la puerta.

—Cuéntame —le pide ella.

—Estábamos atendiendo un accidente de tráfico aquí al lado, en Askizu. Hemos tardado apenas unos minutos en llegar en cuanto hemos recibido el aviso de la central. Aquí arriba estaba el director consolando a un tal Goyo Irastorza, que estaba en *shock*. Lo tienes en la habitación de enfrente, es quien ha llamado.

—¿La ha encontrado él?

—Sí, al parecer habían quedado. Suelen venir aquí una vez por semana.

—Una aventura.

—Evidente.

Adriana se acerca a la víctima y siente el olor de la sangre todavía fresca mezclado con un dulce perfume floral. Se traga una arcada que le contrae el estómago. Con gusto abriría la ventana de par en par para ventilar ese aroma a muerte, a carne inerte y desgarrada, pero debe esperar al examen científico. Aprecia las marcas de las puñaladas, dos en el cuello, profundas, violentas, y varias en el pecho. La mujer está tendida en una posición relajada, como si no hubiera tenido tiempo de reaccionar.

—El hombre está destrozado —continúa el compañero—. No sé si por lo que ha pasado o porque su esposa se va a enterar de todo.

La subinspectora saca el móvil y fotografía los detalles. Sabe que luego dispondrá de un completo informe con infinidad de instantáneas con mejor resolución y nitidez, pero siempre hace sus propias fotografías. Necesita congelar esas imágenes, capturar lo primero que ve para poder refrescar después, una y otra vez, sus impresiones iniciales, los sentimientos, las inquietudes

y la intuición inicial que le despierta el primer contacto con la víctima.

Y lo que le despierta esta mujer es simplemente tristeza. Verla ahí tendida, vestida para pasar una tarde de placer en un magnífico hotel, sintiéndose segura, sexi, viva, para encontrar de repente una muerte horrible que la detiene aquí, expuesta y vulnerable. Comienza a sentir cómo crece en su interior un odio instintivo y animal, un sentimiento que la acompañará durante la caza que ahora comienza y que no se diluirá hasta atrapar a la presa.

Sobre la mesilla de noche ve un teléfono móvil. Toca la pantalla. Está bloqueado, pero muestra la imagen de dos niñas abrazadas en una playa, no tienen más de diez años. El protocolo señala que no se debe tocar nada hasta que la Científica pueda hacer su trabajo, para no contaminar la escena del crimen... , salvo que sea necesario por la inmediatez del asesinato y porque la persecución del asesino lo requiera. Siempre hay un resquicio.

Adriana coge el móvil y lo coloca frente al rostro de la víctima para que el identificador facial lo desbloquee, pero no lo consigue. La venda impide reconocerla, así que la levanta levemente para colocarla sobre la frente y muestra unos ojos abiertos, muy abiertos, en una expresión que, unida a su boca, muestra la viva imagen del horror. La mira como si aún estuviera viva, como si le suplicara ayuda con esas pupilas dilatadas que tan solo unos minutos antes brillaban.

Desbloquea el móvil y la imagen la deja congelada. Necesita unos segundos para tomar conciencia de lo que ve. Se trata de una fotografía de la propia víctima tal como la tiene ahora delante, supuestamente tomada con el mismo móvil. Tendida en la cama, apuñalada. Pero una comparación rápida entre esa instantánea y la escena que está presenciando la deja sin palabras. Con un simple vistazo comprueba que la mujer de la fotografía tiene las mismas heridas en su cuerpo, las mismas puñaladas, pero rodeadas de pequeños surcos de sangre, muy lejos de esas sábanas empapadas, y el pecho cubierto de un fluido escarlata todavía brillante. No hace falta un análisis experto para descubrir la diferencia. La fotografía ha sido tomada instantes después del crimen, antes de que la víctima se desangrara, lo que no deja dudas sobre su autor.

Cambia la configuración de la contraseña del móvil por un sencillo 1111, para poder luego acceder a su contenido. El teléfono está en modo avión. Lo deja así de momento y lo devuelve a la mesilla.

Por lo demás, nada reseñable a primera vista. No hay signos de pelea, todo permanece en su sitio, el típico orden de una habitación de hotel recién estrenada. Revisa los armarios, que están vacíos, y mira bajo la cama. No hay huellas visibles en la moqueta. Accede al baño contiguo al dormitorio. Un neceser con artículos de maquillaje reposa sobre el lavabo. Nada más.

–Vamos a hablar con él.

Sale aliviada de la habitación, dejando atrás la pesadilla, y accede a la puerta de enfrente, que permanece abierta y custodiada. Un hombre está sentado en el sofá, con la cabeza apoyada en las manos. Las tiene manchadas de sangre.

–¿Señor Irastorza? Me llamo Adriana Collante, subinspectora de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Necesito hacerle unas preguntas.

El hombre la mira. No llega a los cincuenta años, pelo canoso, rostro atractivo, traje oscuro hecho a medida y unos zapatos negros con hebilla. Transmite buena posición y seguridad, pero sus ojos están tan aterrados como los de un cachorro abandonado.

–Lo que usted quiera –balbucea.

La agente deja su móvil sobre la mesa de centro y pone en marcha la grabadora.

–¿Había quedado usted hoy con la señora Fraile?

–Sí.

–¿Solía quedar con ella en este hotel de forma habitual?

Asiente con la cabeza.

–Por favor, responda con claridad.

–Sí.

–Sé que es un tema íntimo y personal, y le aseguro que nadie que no esté estrictamente vinculado con la investigación tendrá conocimiento de lo que hablemos, pero necesito total sinceridad en esto, señor Irastorza, si queremos dar con quien ha asesinado a esta mujer. ¿La señora Fraile estaba casada?

–Sí.

—¿Con quién?

—Gorka Suances...

—¿Y usted?

Asiente con la cabeza.

—¿Tenían... una aventura?

—Sí.

—¿El señor Suances lo sabía?

—No lo sé, supongo que no... Teníamos mucho cuidado.

—¿Sabe dónde podemos localizarle?

—Viven en Miraconcha, aunque a estas horas imagino que estará en la empresa donde trabaja, en Beasáin. Dios mío, ¿no creerá que ha sido él?

Adriana escribe la dirección y el nombre en una hoja de su libreta, la arranca y se la tiende al compañero.

—Que localicen de inmediato al marido —ordena—. Que empiecen por la empresa. Y que envíen una patrulla también a la casa. Da el aviso, por favor.

El agente se lleva la mano al transmisor que cuelga de su hombro izquierdo y abandona la habitación para dar las instrucciones. Adriana prosigue el interrogatorio:

—Bien, habían quedado hoy. ¿Alguien más lo sabía?

—No, claro que no —dice sorprendido—, hemos sido muy discretos todo este tiempo. Nos encontrábamos una vez por semana, aquí. Nos mandábamos un mensaje por Telegram que luego borrábamos. Nadie sabía nada.

—Ha llegado ¿y qué ha visto?

—Habíamos quedado a la una y media. He pedido la llave en recepción y he subido directamente. Llegaba diez minutos tarde, porque a un imbécil se le ha parado el coche en la rampa de subida. Creo que estaba borracho, no lo sé. He abierto la puerta —los nervios le pierden al recordar, le tiembla la voz— y la he encontrado allí..., inmóvil..., muerta...

Rompe a llorar, esconde el rostro entre las manos.

—Lo siento mucho, señor Irastorza, pero ahora la prioridad es encontrar al asesino de la señora Fraile. ¿Qué ha hecho cuando ha entrado?

–Me... me he lanzado sobre ella, he intentado taponar las heridas. Pero toda esa sangre... Estaba muerta.

–¿Luego?

–He llamado a la Policía... y luego a recepción.

–Al llegar, ¿se ha cruzado con alguien en el pasillo?

Niega con la cabeza.

–¿Por qué lleva ella una venda y esposas? ¿Era habitual entre ustedes?

–No..., bueno, a veces sí, pero hoy no sé por qué... No tengo ni idea... Pensaba que se lo habría puesto el asesino.

Parece sincero. La víctima lleva las típicas esposas para juegos sexuales, forradas de terciopelo y que con un tirón pueden romperse. Desde luego no sirven para maniatar a nadie.

–¿Y su mujer? ¿Conoce su relación con la señora Fraile?

–¡Por supuesto que no, ella no sabe nada! –La mira asustado–. ¿Cree que va a enterarse de todo esto? ¿No hay forma de evitar que mi nombre aparezca en la investigación?

Adriana necesita un minuto para enfrentarse a este tipo. Acaban de apuñalar a su amante, la mujer con la que compartía cama desde hace meses, y lo único que le importa es no enturbiar su matrimonio. En fin.

–De momento es suficiente, señor Irastorza. Espere aquí.

–¿Puedo irme?

–Obviamente no. Tenemos más preguntas que hacerle. Un agente vendrá enseguida y continuará con el interrogatorio.

La subinspectora sale al pasillo, donde empiezan a acumularse policías. La Unidad Científica ha llegado por fin. Saluda a los tres compañeros, que ya están desplegando todo su material junto a la puerta de la habitación.

–Necesitaré el móvil lo más pronto posible –les pide.

–No antes de una hora –responde uno de ellos sin mirarla siquiera, arrodillado frente a su maletín–. Ya sabes cómo va esto.

–Subinspectora. –Es uno de los dos policías que custodiaba el pasillo–. En esta planta ahora mismo solo está ocupada la habitación 9. Un matrimonio de ancianos que viene a pasar unos días y a visitar a su hija.

—¿Y las demás?

—Acabo de entrar con la llave maestra que me ha dado el director. Nada.

Se oye un resoplido proveniente de la escalera. Por fin alguien a quien Adriana se alegra de encontrar. Su subalterno, el agente primero Igor Velasco, con sus ciento cincuenta kilos de peso, aparece jadeando por los dos pisos que ha tenido que subir a pie. Necesita un par de minutos para reponerse antes de incorporarse, mirar a su alrededor y lanzar un silbido de admiración.

—¿Sabes que una habitación aquí vale más de quinientos euros la noche? —Es lo primero que dice mientras camina por el pasillo con parsimonia, las manos en los bolsillos, deleitándose en los detalles—. Como para usarla solo para echar un polvo.

Un comentario poco afortunado que no es bien recibido por el resto de los agentes. Él, como siempre, se mantiene ajeno al mundo.

—Igor, te hago un resumen rápido de la situación. —Con este hombre es mejor entrar sin preámbulos, para evitar sus divagaciones y bromas de escaso gusto, defectos que no obstante palidecen ante un instinto policial extraordinario—. Daniela Fraile, casada y con dos niñas. Tiene una aventura desde hace meses con Goyo Irastorza, con quien se cita una vez por semana en este hotel. Hoy él se ha retrasado por no sé qué de un coche parado en la cuesta de la entrada. Cuando entra en la habitación, la encuentra muerta y llama a la Policía. He contado unas siete puñaladas, profundas. La víctima estaba esposada y con los ojos vendados, como si estuviera practicando un juego sexual.

—¿Y el marido?

—Le están buscando en el trabajo.

—¿Por dónde empezamos, jefa?

—Me llevo a Irastorza a la comisaría para seguir con el interrogatorio y me ocupo de buscar al marido. Tú céntrate en el hotel, hemos tenido que cerrarlo hasta que terminemos y no podemos eternizarnos si no queremos que el bueno del director sufra un ataque. Los huéspedes están en sus habitaciones. Organiza interrogatorios rápidos y un registro del hotel. Pero echa un ojo antes

de nada a las cámaras de seguridad, imagino que las tienen. Ah, y corrobora lo de la cuesta, a ver si podemos localizar el coche ese...

—¿Y si el marido no aparece?

Sin duda es la primera hipótesis.

—Entonces tendremos un sospechoso a quien buscar, pero por ahora sigamos avanzando. —Adriana se queda pensativa antes de proseguir—: Hay algo que no se me quita de la cabeza. El teléfono... —Igor la mira extrañado—. Lo tenía junto a la cama. Lo he desbloqueado y ha aparecido una fotografía de la víctima, justo cuando ha sido asesinada.

—Vaya..., eso sí es raro. ¿Está sacada con algo de ángulo? ¿Podremos obtener alguna información de su análisis? Un reflejo, un objeto...

—Nada. Es un primer plano, sin más.

—¿Y para qué demonios la ha hecho?

—Ni idea.

—¡Subinspectora! —la interrumpe un agente que acaba de aparecer en el pasillo—. ¿Tienes un minuto?

Ella asiente con la cabeza, algo molesta.

—Verás, seguramente no sea nada, pero... tenemos abajo a un periodista de *Euskadi Hoy*, un tal Iban Echeverría.

—¿Ya? —Adriana no da crédito ante semejante rapidez, algún día llegarán antes que ellos—. ¿Cómo se ha enterado?

—Dice que ha recibido un *email* bastante extraño hace una media hora y ha decidido acercarse para comprobar si era verdad. Creo que deberías hablar con él.

—¿Un *email* de quién? —pregunta Igor.

—Un *email* del supuesto asesino.

Igor y Adriana le miran como si no le hubieran entendido bien. El agente aguarda su reacción, algo nervioso. La posibilidad de que estén ante un chalado es bastante elevada, de ahí que el agente crea que quizá haya metido la pata, ocurre a menudo cada vez que se despliega un cordón policial. Desquiciados que se acercan a los agentes contando milongas y haciéndoles perder un tiempo precioso con pistas falsas.

—Conozco a ese Echeverría. —Igor pone fin a sus pensamientos—.

Creo que le he leído en alguna ocasión. ¿Quieres que eche un vistazo?

–No, no te preocupes. Bajo a ver de qué se trata. Tú ponte manos a la obra y que me lleven a Irastorza a comisaría, yo iré enseguida. Igor asiente y acompaña al agente al ascensor.

## 2

Tras las cristaleras de la recepción, giran intermitentes las luces azuladas de los vehículos policiales, que comienzan a acumularse en el exterior. En el vestíbulo, tan solo personal del hotel y una decena de policías.

Iban Echeverría tiene poco más de treinta años, un aspecto desaliñado y un evidente nerviosismo que trata de calmar mirando el móvil. Está en una mesa apartada del lujoso bar del hotel, que se encuentra desierto. Se levanta cuando la subinspectora se presenta.

–Me han dicho que has recibido un *email* algo inquietante.

–Buenas tardes. La verdad es que lo he descubierto de milagro en la bandeja de *spam*. Hasta hace un rato no he podido leerlo con detenimiento y es cuando me he decidido a venir. Tenía una entrevista cerca de aquí y me pillaba de paso. Cuando he visto a la Policía en la puerta, me he asustado.

–¿Puedo ver el *email*?

–Claro.

Coloca el móvil sobre la mesa, busca el correo y lo sitúa frente a Adriana:

**De:** Infidelis <autor@infidelis.cc>

**Fecha:** miércoles, 23 de noviembre, 13:10

**Para:** Iban Echeverría <iban.echeverria@euskadihoy.com>

**Asunto:** No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima

Estimado periodista:

Hoy a las 13:30 horas será asesinada una mujer, Daniela Fraile, en la habitación 12 del hotel Iturmendi. Adjunto el primer capítulo de mi libro, *Infidelis*, donde se describe todo lo ocurrido.

Ha tenido usted el privilegio de ser testigo del lanzamiento de una obra maestra de la literatura, un libro que será recordado en los anales de la historia de las letras. Con la infidelidad sentimental como trama argumental, la novela guarda la particularidad de que está basada en hechos reales que se narran antes de que ocurran.

Si no cree lo que estoy diciendo, no tiene más que acudir al hotel en unos minutos para descubrir la verdad.

Si desea más información acerca de mi obra, puede acceder a la página web [www.infidelis.cc](http://www.infidelis.cc), donde podrá conocer este gran proyecto editorial, así como adquirir los capítulos que se irán publicando en los próximos días.

En sus manos dejo la posibilidad de sumarse a la historia de las letras. No la desperdicie.

Atentamente.

La subinspectora no puede creer lo que está leyendo. Con tan poco tiempo nadie ha podido acceder a esa información y enviar un *email* como ese. Mira la hora de recepción del correo: las 13:10 horas. Ahora son las 14:30 horas. Todavía no tiene confirmación de la hora de la muerte, pero la sangre húmeda y el estado del cadáver revelan claramente que ha sido asesinada hace poco.

El *email* tiene un archivo adjunto con el siguiente nombre: «*Infidelis*. Capítulo 1. Desgarro».

–¿Has leído el archivo? –le pregunta al periodista.

–Por encima... Habla de Daniela Fraile... y de su aventura con un tal Irastorza.

Adriana le mira fijamente, inquieta, piensa que si realmente el correo es anterior a la muerte de la víctima tendrán un problema serio. No es capaz de imaginarse por qué un asesino iba a anticipar sus planes, y mucho menos anunciarlos a un periodista.

En ese momento cae en la cuenta. Para eso lo quería.

Saca el teléfono y marca el número de Igor, confiando en que su corazonada no se confirme.

–Entra en la habitación y mira el móvil de la señora Fraile. Lo primero que te saldrá es la fotografía de la que te he hablado. Mira a qué hora se ha realizado. La contraseña del móvil es 1111.

–Adri, están los de la Científica...

–Me importa una mierda. Entra y míralo. No me cuelgues.

Le oye resoplar por encima de los ruidos que hacen los policías que atestan la planta. Escucha con claridad cómo accede a la habitación y los gritos de los compañeros para que salga de inmediato.

–Órdenes de la jefa, queridos –suelta Igor con su vozarrón característico.

Se desata un griterío. Al cabo de dos minutos, tiene la respuesta:

–Se ha hecho a la una y veintinueve minutos.

El corazón de la agente se desboca. «No puede ser, debe de haber una explicación racional para todo esto».

–Subinspectora. –Un agente camina hacia una Adriana absorta en la información que acaba de recibir. «Para eso hizo el asesino la fotografía, para que comprobáramos la hora de la muerte y la veracidad del correo». Hemos encontrado al marido de la señora Fraile. Estaba en su puesto de trabajo. Lleva allí todo el día. Va camino de la comisaría.

Adriana suspira. Ya no tiene a un posible sospechoso, sino a un viudo al que dar la noticia de la muerte de su esposa. No hay duda de que ningún asesino despedido por la infidelidad de su mujer enviaría un correo para anunciar su arranque de locura. Salvo que la motivación fuera otra, salvo que se buscara una distracción, salvo que fuera otro asesino...

–Esto es lo que haremos –se dirige al periodista, que sigue con su móvil sobre la mesa–. Reenvíame el correo ahora mismo y vas directo a la redacción. Cuando estés delante de tu ordenador, llama a este teléfono y pregunta por Fran, es uno de nuestros técnicos. Le llamo ahora mismo. Él te dirá lo que hay que hacer. Necesitamos que se conecten en remoto a tu ordenador para rastrear el correo y ver desde dónde lo han enviado.

Echeverría asiente obediente, nervioso ante la posibilidad de ser él la noticia en lugar de contarla. Le remite el correo. Antes de que se marche, Adriana le agarra del brazo.

–De esto ni una palabra, Iban. No quiero que aparezca una sola noticia hasta que lo hayamos contrastado, ¿está claro? Si necesitas más argumentos, mi jefe puede llamar al tuyo en cuestión de

minutos. Pero por nada del mundo quiero que ese hijo de puta se nos escape porque te hayan entrado las prisas por teclear.

El periodista no dice palabra alguna, se limita a asentir rápidamente y mirarla a los ojos, evaluando hasta dónde estaría dispuesta a llegar si infringe las instrucciones.

—¿Es cierto que le han asestado siete puñaladas?

La pregunta deja bloqueada a la subinspectora.

—El asesinato aparece relatado al final del capítulo —aclara él—. Dios mío..., pensé que era todo mentira, alguna broma pesada o algún loco... Si lo hubiera leído antes, quizá...

Se marcha cabizbajo. Adriana abre nuevamente el correo y lo lee. Hacía unos instantes todavía conservaba la esperanza de estar ante un perturbado, una macabra coincidencia. Pero las siete puñaladas despejan cualquier duda. Decide ir a la comisaría para seguir el trabajo allí y leer con calma el dichoso capítulo.

Antes de apagar el móvil, repara en el asunto que encabeza el correo electrónico. La sensación amarga de estar adentrándose en una pesadilla invade su cuerpo. Lee el texto un par de veces, buscando respuestas a las preguntas que se agolpan en su cabeza.

«No se pierda el próximo capítulo. Usted podría ser la próxima víctima».

### 3

*Extracto del vídeo del interrogatorio de Gorka Suances, marido de la víctima, realizado por la subinspectora Adriana Collante.*

**AC:** Señor Suances, en primer lugar, quiero trasladarle mi más sincero pésame y el de todos mis compañeros por la muerte de su esposa. ¿Han hablado ya con usted, le han explicado las circunstancias de la muerte?

**GS:** Solo el agente que ha venido a la oficina. Me ha dicho que ha sido víctima de un crimen. No podía darme más detalles, no sé nada más...

*Se escuchan sollozos, el hombre está cabizbajo, con los codos sobre la mesa y las manos sujetando su cabeza.*

**GS:** Esto es una pesadilla.

**AC:** No puedo ni imaginar por lo que estará pasando, lo siento de veras. Como comprenderá, tengo que hacerle algunas preguntas, aunque podemos tomarnos todo el tiempo que necesite. *—Él asiente con la cabeza—*. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha visto a su esposa?

**GS:** Esta mañana, después de desayunar. Se ha marchado antes porque tenía un día muy ajetreado...

**AC:** ¿Le ha parecido que estaba especialmente nerviosa? ¿Hay algo que le haya llamado la atención?

**GS:** No, la verdad es que no.

**AC:** ¿Y estos días atrás? ¿La notaba inquieta? ¿Algo fuera de lo habitual?

**GS:** No, tampoco.

**AC:** Señor Suances, tengo que hablarle con franqueza, por mucho que me cueste hacerlo en estas circunstancias. Le contaré hasta donde sabemos, que de momento no es mucho. Su mujer ha sido encontrada muerta en la habitación de un hotel, asesinada por varias heridas de arma blanca.

**GS:** ¿En un hotel?

**AC:** ¿Le dice algo el nombre de Goyo Irastorza?

**GS:** No, ¿por qué? ¿Debería?

**AC:** Ha sido la persona que la ha encontrado en la habitación. Habían quedado allí al mediodía, como venían haciendo las últimas semanas. Señor Suances, ¿sabía que su esposa estaba teniendo una aventura?

**GS:** Yo... yo no... no puedo creerlo...

**AC:** ¿Quiere un poco de agua? ¿Prefiere que nos tomemos un minuto?

*Niega con la cabeza.*

**GS:** Daniela y yo teníamos problemas desde hacía tiempo, como todo el mundo. Con las niñas y el trabajo nos habíamos distanciado un poco..., pero nos queríamos... No puede ser, no puedo creerlo... ¿Está usted segura de todo esto?

**AC:** Me temo que sí, señor Suances, al menos es lo que ha confesado Irastorza. ¿Tuvieron alguna crisis en el pasado?

**GS:** No, nunca...

**AC:** Daniela era una importante agente inmobiliaria, por lo que hemos podido comprobar. ¿Tuvo o tenía algún problema en el trabajo? ¿Con algún cliente?

**GS:** No, que yo sepa, le iba muy bien, tenía mucho trabajo...

**AC:** ¿Algún enemigo? ¿Alguien que quisiera hacerles daño?

**GS:** ¿Daño? ¡Han matado a mi mujer! ¿Quién podría querer hacer algo así? ¡Somos un matrimonio normal! Que no estuviéramos en nuestro mejor momento no nos convierte en diana de ningún criminal. –*Se toma un momento para reponerse*–. Disculpe... No, desde luego que no tenemos enemigos dispuestos a matarnos.

**AC:** Lo comprendo, lo comprendo. Terminamos ya, señor Suances. Seguramente tengamos que volver a hablar con usted, si no tiene inconveniente. Necesitaríamos también realizar algunas comprobaciones. Es pura rutina, pero es necesaria en toda investigación. Tendremos que registrar su vivienda y acceder a las cuentas de correo de su esposa y también a las tuyas, además de a extractos bancarios y ese tipo de información.

**GS:** ¿Soy sospechoso?

**AC:** En modo alguno, señor Suances. Pero cuando se produce un asesinato se rastrea todo el entorno de la víctima en busca de cualquier indicio, de cualquier pista que pueda sernos útil.

**GS:** Hagan lo que quieran.

#### 4

Todo el equipo asignado a la investigación del asesinato de Daniela Fraile, excepto el agente primero Igor Velasco, que se encuentra todavía en el hotel, se junta en una sala de reuniones de la comisaría central. Hace casi dos horas que han encontrado el cadáver.

La subinspectora Collante ha sugerido que le asignen bajo su mando a los cabos Sara Angós y Xabier Peña, dos de los mejores profesionales de la Jefatura de Investigación Criminal y Policía Judicial en Guipúzcoa, y para su sorpresa se lo han concedido.

Sara es una mujer algo más joven que Adriana, de mirada sagaz y sonrisa amplia, con una corta pero fructífera carrera en la Policía gracias a una insaciable capacidad de trabajo. Xabier, con su escaso pelo blanco, unas oscuras bolsas bajo los ojos y una voz ronca por sus excesos con el tabaco y el alcohol, ha cosechado importantes éxitos persiguiendo criminales en sus cuarenta años de experiencia, aunque su carácter agrio y su gusto por la bebida han impedido su ascenso.

Los tres están sentados a una mesa presidida por el inspector jefe, Iker Zubieta. Es un hombre alto y fornido a pesar de rondar los sesenta años, de mirada severa y rostro enjuto, pegado siempre a su tableta y a sus dos teléfonos móviles, que mira sin cesar. En cuanto ha recibido las novedades por boca de Adriana, se ha interesado en el asunto y ha convocado una reunión de urgencia. Quiere saber qué demonios es todo eso del dichoso correo electrónico antes de que la prensa y el Departamento de Seguridad se le echen encima.

Adriana Collante acaba de desplegar copias del expediente frente a cada uno de los participantes. Se sienta ante el jefe, ordena sus papeles y da un sorbo a un café de medio litro que la acompañará toda la tarde. Tiene por delante jornadas complicadas donde el consumo de cafeína se incrementará notablemente para poder mantener el ritmo.

Tras el jefe hay una enorme pizarra blanca, todavía sin garabatear, cuya superficie plastificada proyecta el reflejo de la habitación. Adriana aprovecha para valorar su aspecto antes de comenzar, pues no ha tenido oportunidad de mirarse en ningún espejo.

Vestida con unos vaqueros y un jersey azul marino ajustado, lleva la melena oscura recogida en una coleta alta, su peinado habitual en las jornadas de trabajo. Ojos almendrados de color oscuro, nariz recta y labios carnosos coronan un rostro atractivo que no acostumbra a maquillar demasiado, más allá de rímel y colorete. Una belleza admirada en la comisaría, pero contenida por un carácter fuerte, serio y directo, ajeno a la confraternización con los compañeros, que la mantiene a una cómoda distancia de los

cotilleos. Nunca se ha ayudado de su aspecto físico para atajar ningún camino, pero tampoco ha permitido que le suponga perjuicio alguno. Para lograrlo, siempre ha intentado ser una buena compañera, aunque con el cartel de NO DISPONIBLE bien claro.

Salvo los cuatro expedientes, algún ordenador portátil y los correspondientes cafés, el resto de la mesa aparece yermo. Antes de iniciar la reunión, la subinspectora piensa que en solo unos días, conforme avance la investigación, esta sala blanca y vacía se colmará de archivos, papeles, fotografías y anotaciones recubriendo las paredes, con agentes yendo y viniendo y jornadas interminables donde irán asentándose los habituales sentimientos de desesperanza, frustración y cansancio. Un torbellino de emociones que solo culminará cuando logren detener al causante de todo esto. La caza que ahora inicia la ha vivido ya muchas veces a lo largo de sus quince años de carrera. Y aunque el coste personal al que se enfrenta en cada investigación cada vez le pesa más, es mayor la necesidad de hacer justicia, de evitar que la muerte de una mujer, tumbada en la cama en ropa interior, sola y desvalida, quede impune.

—Están rastreando el correo electrónico que le llegó a Iban Echeverría —comienza Adriana—. Confiamos en tener noticias pronto. Pero de momento lo único que sabemos es que a la una y diez ha recibido este *email* anunciando la muerte de Daniela Fraile, casi quince minutos antes de que se produjera el asesinato. Y lo ha hecho acompañado de este texto, que se supone que es una especie de capítulo primero de un libro titulado *Infidelis*.

—¿Qué coño significa eso? —brama Zubieta.

—«Infiel» en latín —responde la subinspectora.

—Eso ya lo sé, joder, pero ¿para qué va un asesino a anunciar la muerte de la víctima antes de matarla?

—Ahí está la cuestión, Iker. Y ojalá que lo que he podido ver en la página web de ese chiflado no sea cierto. Acabo de enviársela a Fran para que se ponga con ella. A ver qué nos dice.

—No debería ser complicado rastrear la compra del dominio y su alojamiento —apunta Sara.

—Eso espero —dice Zubieta—, aunque todo esto no me gusta nada.

—Antes de ponernos con la web —continúa Adriana—, si os parece empezamos con el famoso capítulo. Lo que he podido ver me ha dejado de piedra. Lo tenéis en los expedientes, pero lo voy a leer en voz alta.

El inspector jefe asiente intrigado, entrelaza las manos tras la cabeza y escucha con atención.

*INFIDELIS*  
**CAPÍTULO 1**  
**DESGARRO**

Cuando por fin asumió que era verdad, que sus peores temores tomaban forma, que lo que habían sido meras sospechas se convertían en puñales clavados en lo más hondo de su ser, sintió una tristeza infinita, una pena que anudó su garganta, amenazando con ahogarle en sus propias lágrimas.

Fue solo un instante, un beso robado en mitad de una noche oscura a la luz de una calle solitaria, a las puertas del restaurante Jaizkibel de Fuenterrabía, que acababan de abandonar con las manos entrelazadas. Un momento nada más, dos labios abrazados que nunca debió haber visto. De no haberlo hecho, de no haber seguido aquel impulso y haberlo presenciado, entonces esa angustia que mecía su cabeza y hacía palpar sus sienes no existiría, y seguiría viviendo tranquilo y feliz en la comodidad de una ficción. Pero aquella imagen lo cambiaba todo.

Volvió sobre sus pasos apresurado, tragándose el orgullo. Quería llegar a casa antes que ella, meterse en la cama y hacerse el dormido cuando oyera sus pasos en la habitación; quería aparentar que la excusa había funcionado, que era el perfecto marido imbécil que había creído sin rechistar que su mujer llegaría tarde porque tenía que trabajar. Necesitaba tiempo, tiempo para pensar qué hacer, qué decir, qué sentir. Ni siquiera era capaz de mirarla sin miedo a derrumbarse de pena y de rabia. Aquel beso asediaba su conciencia con intención de arrasarlo todo, de llevarse por delante casi veinte años de un aparente matrimonio feliz. No estaba preparado para afrontar algo así. Cuando sintió que ella se metía en la cama, cerró los ojos con fuerza para evitar que las lágrimas lo delataran.

En un intento por tratar de calmarlo, o quizá precisamente para terminar de perturbarlo, su mente bombardeaba el duermevela con imágenes del pasado, con anécdotas de tiempos mejores en los que eran una pareja modélica.

Febrero de 2007 fue el inicio de una historia que nació por casualidad. Él trabajaba en un importante despacho de abogados de la ciudad. Había conseguido ascender a asociado y tenía ya la vista puesta en la condición de socio, que todavía requeriría algunos años de intensa dedicación. Se empleaba a fondo todas las horas del día y parte de la noche, siempre dispuesto a asumir responsabilidades y aceptar nuevos asuntos.

Aquella anodina tarde de febrero tenía previsto encerrarse para preparar la vista de un juicio, hasta que uno de los socios le pidió que lo sustituyera en una reunión a la que no llegaba porque le habían desviado el vuelo a Vitoria. Como recordarían después, fue precisamente el clima de San Sebastián el que le brindó la oportunidad de entrar en aquella sala donde una brillante Daniela Fraile había llegado para deslumbrarlo. Lo que empezó como el asesoramiento en la compra de un centro comercial en Logroño para la empresa en la que trabajaba Daniela supuso horas de trabajo conjunto, reuniones, cervezas a última hora para relajar la tensión y una fiesta por todo lo alto para celebrar la firma de la operación, tras dos meses de ardua negociación. Fue tras aquella fiesta, después de que sus miradas hubieran hablado por encima de los brindis, los efluvios del alcohol y la algarabía de sus compañeros, cuando buscaron la soledad con falsas excusas y al abrigo de la noche se dieron su primer beso.

Dos años después, el compromiso se hizo oficial y se casaron en una íntima ceremonia celebrada en la ermita de Guadalupe, acompañados de un puñado de familiares y amigos que asistieron a la promesa de amor y fidelidad eterna que ambos se profesaron. Después, un apartamento en el centro cumpliría sobradamente el sueño compartido de una vida de ilusión, ambición y prosperidad. Entre aquellas paredes, ajenos al cansancio de jornadas laborales interminables, acariciaban las noches con una pasión que no encontraba descanso.

Sus respectivas carreras progresaron al compás de una vida juntos. Gorka no tardó en convertirse en el socio más joven de la firma y su dedicación e inteligencia se vieron recompensadas con

un considerable aumento de su cuenta bancaria. Daniela alcanzó la suficiente experiencia y madurez en el negocio como para lanzarse a la aventura e iniciar una carrera en solitario como agente inmobiliaria. Con la ayuda del sueldo de Gorka, apenas necesitó un par de meses de siembra para recolectar altísimas comisiones con la venta de los mejores inmuebles de la ciudad.

Tumbado en la cama, reprimiendo las lágrimas, Gorka recordaba con una nostalgia abrasadora aquellas cenas en la pequeña mesa del salón, sentados en el suelo, mientras entre copas de vino se quitaban el uno al otro la palabra, y después la ropa, en una rutina de la que estaban convencidos que jamás podrían cansarse.

«Fuimos felices» se convenció a sí mismo. Sin duda lo fueron.

Cuando despertó al día siguiente le dolía la cabeza, sentía el cuerpo inestable y la mente atribulada. Necesitó un par de minutos para rememorar aquel beso en la puerta del restaurante y sentir todo el peso de la frustración recaer de nuevo sobre sus hombros. Afortunadamente, Daniela se había marchado ya y no tuvo que enfrentarse a ella.

Las preguntas arreciaban, trataban de abrirse paso entre toda aquella desazón intentando buscar respuestas. Interrogantes que iban asediándole sin descanso: por qué había ocurrido todo aquello, qué había hecho él para provocarlo, cómo había podido Daniela tirar por la borda años de felicidad, quién era aquel hombre, cómo se supone que tendría que reaccionar... Lo único que tenía claro era que necesitaba más tiempo para pensar con claridad, quería despojarse de aquella sensación de irrealidad que lo embargaba.

Conforme avanzaba el día, fue cumpliendo con sus obligaciones como un autómatas, sin prestar atención a la charla matutina con sus hijas, o a las reuniones en la oficina, o al tráfico que se abría frente a él mientras conducía, o a la comida que ingirió en la soledad de su despacho. Y, sin embargo, casi sin darse cuenta, con el paso de las horas una semilla fue anidando en su ánimo atormentado; primero en forma de mera sombra, un resquicio que le hizo cuestionarse si no estaría yendo demasiado lejos, si no habría alguna explicación, quizá habría malinterpretado aquella imagen... Y la duda fue germinando, aliviando la presión con el paso de las horas, liberándolo de tanta pregunta sin

respuesta, disipando por fin la angustia que lo atenazaba. Fue al término del día, mientras preparaba la cena, cuando creyó haberse convencido de que aquello debía tener una explicación, de que no podía arruinar su vida por un simple beso, de que las mentiras detectadas hasta la fecha podrían no ser sino meros malentendidos. La convicción de que él, Gorka Suances, un hombre bueno, trabajador, honrado, padre entregado y marido amantísimo, no se merecía pasar por todo aquello terminó por desordenar la realidad en su interior, como si de pronto las piezas de aquel caos se hubieran recolocado, ofreciendo un cuadro bien distinto. No hay como querer creer para terminar creyendo.

Cuando Daniela entró por la puerta, fue como si una corriente de aire fresco se hubiera colado en la casa. Saludó cariñosamente a las niñas, que estaban preparando la mesa para la cena, y luego regaló un beso a Gorka. Se excusó por la tardanza, que justificó por la comisión de ochenta mil euros que acababa de cobrar por la venta de un ático en la calle Hernani. El resto de la velada se desarrolló como tantas otras y Gorka tuvo que esforzarse por detectar en toda aquella cotidianeidad signos de alarma. No encontró gestos esquivos, ni miradas impregnadas de remordimientos, no la vio ensimismada ni menos habladora, no estaba irascible ni nerviosa, ni tan siquiera la encontró pegada al teléfono móvil, que reposaba en la repisa de la entrada. Por un momento, envuelto entre las risas de las niñas, que contaban divertidas una anécdota, Gorka llegó a pensar si no estaría perdiendo la cabeza y si lo que creyó ver la noche anterior no era más que fruto de su delirio.

Las niñas... Otro episodio más de una historia de amor plena. Y es que las niñas, como se empeñaban en llamarlas pese a haber cumplido quince y diecisiete años, habían llegado a sus vidas para cambiarlo todo. A la primera no la esperaban, aunque tampoco hicieron nada por esquivarla, y la sorpresa se impuso un día de vacaciones cuando Daniela se presentó en el dormitorio con una prueba de embarazo positiva. A partir de entonces, el mundo que hasta entonces había sido únicamente de los dos pasó a ser compartido con una criatura.

Fueron tiempos de cambios. Gorka acababa de abandonar el despacho para trabajar en exclusiva para uno de sus clientes,

una importante empresa del sector ferroviario que lo había contratado como responsable de la asesoría jurídica. Daniela acababa de suscribir un acuerdo millonario con la mayor empresa promotora de España para la intermediación de sus inmuebles de alto *standing* en la zona norte. Ambos estaban en puntos cruciales de sus carreras y no estaban dispuestos a renunciar a ellas, a despertarse del sueño en el que se habían sumido a costa de trabajo y sacrificio. La llegada de la pequeña no trastocó su ritmo más allá de lo imprescindible. Aplicaron a su vida familiar el mismo dogma con el que habían construido una sólida relación de años: no importaba la cantidad de tiempo en común, sino la calidad de este. Y así es como disfrutaban intensamente de la compañía mutua y de la niña, regalándose mil atenciones y cariño, aunque solo fuera el fin de semana.

La segunda hija fue también una sorpresa inesperada, aunque la acogieron con el mismo entusiasmo que a la primera. La única rutina que cambió con su llegada fue la de la joven Rocío, la chica colombiana que habían contratado para que cuidara de las niñas día y noche, quien vio incrementada su carga de trabajo.

Habían construido un hogar, asentado en un magnífico piso en el paseo de Miraconcha, revelador del estatus que habían alcanzado. Un hogar feliz, una vida feliz. No estaba dispuesto a arrasarlo todo por un ataque de celos. Tan solo deseaba que ese renovado optimismo, esa amnesia voluntaria en la que se había sumergido permitiera el retorno a una normalidad que añoraba más que nada en el mundo.

Pero cuando se navega a la deriva, por mucho que trates de convencerte de que lo haces sobre aguas calmadas, terminas siendo engullido por la ola que te niegas a mirar. Pasados los días de renovada esperanza, una noche, como las últimas vísperas de los miércoles, no pudo dormir.

Fue durante el desayuno cuando aquella paz de la que había disfrutado volvió a desaparecer con una simple frase: «No me esperes levantado, llegaré tarde. Tengo mucho trabajo». Pronunciada cualquier otro día al azar, quizá habría pasado inadvertida. Él también tenía que quedarse algunos días hasta tarde en la oficina. Pero desde hacía algunas semanas aquellas palabras emergían siempre a la hora del desayuno, de manera

rápida, furtiva, mientras le besaba la frente a modo de despedida. Siempre los miércoles.

–Pero ¿todo esto es verdad? –interrumpe el cabo Xabier Peña, poniendo voz a las dudas de los demás.

–Todavía no lo sabemos –responde Adriana–, he quedado en una hora con el marido en su casa para realizar el registro y continuar el interrogatorio. Pero suena muy concreto, desde luego...

–Son detalles muy íntimos, algo que solo conocerían un puñado de personas.

–Siempre que no sea todo una invención –sentencia tajante el inspector jefe–. Continuemos, que ahora parece que viene lo interesante.

Adriana prosigue:

Aquel día oyó por primera vez el nombre de Goyo Irastorza, que quedaría inquebrantablemente unido al fin de su matrimonio.

Cuando sus hijas se marcharon al instituto, el piso quedó sumido en el silencio, una calma que Gorka no pudo apreciar. Su cabeza volvía a ser un hervidero de voces, emociones, ideas descabelladas, pensamientos que fluían en un mar de dudas y resentimiento. Cogió el teléfono y llamó a la oficina para decir que no iría porque estaba enfermo. No podía seguir así, tenía que desenmascarar esos miércoles infames y salir de aquella situación si no quería terminar perdiendo la razón. Estaba decidido a afrontar las respuestas con valentía, tanto si aquello suponía terminar definitivamente su relación con Daniela como si tenía que acabar confesándole sus delirios y pidiéndole disculpas por sus celos.

Como no iba a usar su coche para seguir a su esposa por razones obvias, alquiló un vehículo en una oficina de la estación de autobuses, junto al río Urumea. Tardó en encontrar un sitio adecuado donde aparcar cerca de la oficina de Daniela, con la suficiente visibilidad de la entrada como para verla salir sin ser detectado. Tenía la oficina en un coqueto local en pleno centro de San Sebastián, en la calle Fuenterrabía, frente al que tenía aparcado su Land Rover negro.

El tiempo de espera allí agazapado, presa de sus miedos y tri-

bulaciones, se le hizo eterno. A las once, por fin vio a Daniela en compañía de Idoia Álvarez, su asistente. Las dos iban hablando con sus respectivos móviles cuando se subieron al automóvil.

La primera parada la hicieron en la calle Amezti, en pleno monte Igueldo, frente a una bonita casa de ladrillo en dos alturas. Un matrimonio sonriente las esperaba en la puerta y entraron en la vivienda. Quince minutos después se despedían y reemprendían la ruta, sin entrar en la ciudad, hasta la calle Lasarmendi, en el barrio de Ibaeta. Nueva parada ante una casa independiente que apenas se vislumbraba por el alto seto. Después en Ategorrieta y así hasta tres visitas más, esta vez en el centro de la ciudad. Un total de seis reuniones en casi dos horas, toda una hazaña logística ante un tráfico imprevisible.

Cerca de la una del mediodía, Gorka comenzó a impacientarse y de nuevo las dudas arreciaron mientras trataba de no perderlas de vista. ¿Y si de verdad tenía tanto trabajo? ¿Y si las visitas se acumulaban los miércoles, por la razón que fuera, y lo único que tenía por delante era una interminable jornada de reuniones inmobiliarias?

En ese momento el vehículo se detuvo junto a un paso de cebra. Lo hizo el tiempo justo para que Idoia se apeara y se despidiera de Daniela con un gesto. Esta prosiguió su camino y, tras ella, los nervios de su marido, que no le perdía el rastro. El coche comenzó a circular por las calles de la ciudad hasta tomar la variante. Él la seguía a una distancia prudencial. Daniela salió de la vía, circuló por una carretera comarcal y al cabo de unos minutos enfiló un camino que ascendía por el monte.

Cuando el coche desapareció tras la puerta del hotel Iturmendi, las dudas de Gorka se esfumaron con él. No se trataba de una reunión de trabajo, nadie iba a ese hotel para hacer negocios. No, Daniela estaba allí por un motivo bien distinto y no se marcharía hasta averiguarlo. Obviamente, no podía presentarse en la recepción y preguntar por ella, pues de ninguna forma revelarían su presencia allí, como buen establecimiento comprometido con la privacidad de sus clientes. Tampoco podía llamarla para preguntar dónde estaba, recibiría una simple mentira a modo de excusa, eso si le cogía el teléfono. Y desde luego no podía ponerse a deambular por los pasillos en busca de los gemidos de su esposa.

Desde el vallado exterior, contemplaba absorto la entrada del hotel, por donde entraban y salían sus distinguidos huéspedes, tratando de averiguar cuál de aquellos hombres disfrutaría de los placeres de su mujer.

Mientras meditaba una salida, contempló al botones ayudando a una pareja a descargar sus maletas del taxi. Era un chico joven, de rostro amigable, confiado, quizá la persona que podía facilitarle información. No le fue difícil hablar con él y menos aún quedar a la mañana siguiente en una cafetería del centro, con la excusa de ofrecerle un puesto de trabajo. Cuando en los primeros compases de la conversación el chico descubrió que no había puesto alguno, estuvo a punto de marcharse. Solo se detuvo al observar el sobre que apareció sobre la mesa. Lo abrió y observó los cinco mil euros que escondía. Necesitaría varios meses de trabajo para alcanzar aquella suma.

En cuanto Gorka pronunció el nombre de su esposa, el botones esgrimió una sonrisa pícaro; sabía bien de quién hablaba.

—La señora Fraile, claro que la conozco. Es cliente habitual, una de esas «media pensión». Así llamamos a ese tipo de clientes, ya sabe, amantes que se esconden en el hotel unas horas para pasar un buen rato sin que sus parejas se enteren. Se sorprendería usted.

—¿Y está seguro de que la señora Fraile es... una media pensión?

—A juzgar por la cara con la que sale, casi le diría que es pensión completa. Ese tal Irastorza debe de ser un fenómeno. Entre usted y yo..., tengo un compañero que los miércoles casualmente tiene algo que hacer en la segunda planta, que es donde siempre se hospedan. Las puertas no son lo suficientemente gruesas para acallar los gritos, ya me entiende.

—¿Y quién es ese Irastorza?

—Goyo Irastorza..., bilbaíno, un magnate de las finanzas o algo así. Mucho dinero. Todo un personaje. Lo mejor de todo es que no es la primera mujer que lleva al hotel. Antes que ella había otras. Y se viene desde Bilbao expresamente para sus conquistas. Lo dicho, un fenómeno.

No necesitó escuchar más.

A partir de ahí, oscuridad.

Gorka deambuló por las calles tratando de digerir aquella bilis que le subía por la garganta, ajeno a todo cuanto acontecía a su

alrededor. Una oscuridad que le impedía incluso descifrar sus sentimientos, por muy crudos y primarios que fueran. Oscuridad en el alma, oscuridad en el corazón, oscuridad en sus intenciones.

Suena el teléfono de Adriana. Al ver que es Igor, lo pone en manos libres.

–Adri, sigo en el hotel. Hemos terminado con el registro y los interrogatorios de los huéspedes, los doce que se encontraban en el interior en ese momento y los nueve comensales del restaurante, además del personal. Nada. Nadie ha visto nada. Tenemos una ficha de cada uno con todos sus datos, pero me temo que poco más podemos hacer. A partir de aquí, lo que me digas. O abrimos el hotel, o me das permiso para pegarle un tiro al director. No puedo más con él.

Adriana mira a Zubieta buscando una orden. Este asiente con la cabeza.

–Está bien, Igor, ábrelo. ¿La Científica sigue allí?

–Sí, les quedará una hora como máximo. Ya ha venido la jueza para el levantamiento del cadáver y se lo llevan ahora. En cuanto a las cámaras de grabación, no te hagas muchas ilusiones. Tienen pocas y todas alrededor del perímetro, ninguna en los espacios comunes ni en el interior. Al parecer, a los huéspedes no les hacía gracia que los grabaran entrando con la querida de turno.

–¿Algo más? –corta Adriana, que quiere terminar con el relato.

–Sí. Tres detalles. Primero, la puerta se abrió con la llave maestra de una de las empleadas que se encontraba limpiando habitaciones en la primera planta. Tiene la mala costumbre de dejarla colgada en el carro y en cuanto advirtió su desaparición acudió a recepción para cancelarla y emitir otra. Esto ocurrió a la una y veinticinco minutos.

–A esa hora el asesino ya había entrado en la habitación –dice Sara–. ¿A qué hora la mataron?

–La fotografía está hecha a la una y veintinueve –responde Adriana y, dirigiéndose al teléfono que reposa sobre la mesa, pregunta–: ¿Qué más?

–La coartada de Irastorza es cierta. Un cliente que venía al

restaurante se encontró con el mismo problema. Un tipo había bloqueado el acceso con un vehículo parado. Una Transit de color azul oscuro, algo antigua. Según ha contado el cliente, Irastorza se encaró con él, encabronado. A punto estuvieron de llegar a las manos. Tenía prisa, claro, se le estaba enfriando la comida...

–Por Dios, Igor –interrumpe Sara.

–Al final, consiguió que se apartara y que les permitiera el paso. Estamos tratando de localizar la furgoneta.

–¿Y la tercera cosa? –pregunta impaciente Adriana.

–Una nota. Estaba en la papelera bajo el escritorio. Escrita a mano en una tarjeta del hotel, seguramente una de la propia habitación. Dice... «Cortesía del hotel. A su invitado le gustaría que lo tuviera puesto cuando llegara».

Se produce un momento de silencio para asimilar ese descubrimiento.

–¿Alguien de recepción la escribió? –pregunta Xabier.

–No, ya lo he comprobado.

Nuevo silencio.

–Joder, Adri, no es tan difícil –interrumpe Igor, llenando la habitación con su estruendosa voz–. El asesino le dejó las esposas y el antifaz junto a la nota, para que la buena mujer se lo pusiera y no le viese entrar.

–Y para matarla sin que le viera la cara... –concluye el inspector jefe–. Que analicen la nota enseguida, vosotros investigad de dónde sacó las esposas y todo eso.

–Gracias, Igor, me vas contando.

Adriana cuelga el teléfono y vuelve a la lectura:

La oscuridad se mantuvo durante toda la semana y en aquella espesura negra que pudrió su alma trazó el plan. No fue algo repentino, no fue un arrebató que de repente apareciera en su mente ideando una salida. No. Necesitó impregnarse de esa ira que crecía cada vez que la tenía enfrente, cada vez que la veía representar el papel de madre entregada y amantísima esposa. Preso de una furia incontrolable, lo que primero fue un mero deseo, que pagara por el mal que le había causado, se convir-

tió en una obsesión, en la única salida, su objetivo vital. En la soledad de su despacho, ajeno a cualquier actividad cotidiana, supo que la única forma que Daniela tenía de pagar por lo que había hecho era sencillamente desaparecer de su vida.

Y así llegó el día, el momento en que la infamia sería enmendada.

Esta noche Gorka ha dormido profundamente, con un sueño reparador, como hacía tiempo que no conseguía conciliar. Se ha levantado esperanzado, impaciente, consciente de que despertará de la pesadilla; por fin podrá librarse de esa mujer capaz de dormir en su propio lecho después de haberse acostado con otro hombre.

Durante el desayuno, ajena por completo a su propio destino, Daniela ha vuelto a pronunciar ingenua la frase que terminará por convertirse en su propia sentencia: «Llegaré tarde, no me esperes levantado». Gorka ha tenido que acallar una carcajada. «Desde luego que no lo haré», ha pensado mientras aceptaba un beso en la frente.

Después, como cada mañana, ha dejado a las niñas en el colegio y ha acudido a su trabajo en Beasáin. Ha desplegado una intensa actividad durante toda la jornada, asistiendo a reuniones, participando en videoconferencias y revisando contratos y documentos. Nadie de su entorno podrá declarar después que aquel hombre estaba ausente, ensimismado, angustiado.

A las doce y media ha anunciado a su secretaria que tiene una comida de trabajo y que volverá pronto. Lleva consigo una mochila negra. Conduce rumiando su plan, hasta alcanzar la cuesta de acceso al hotel. Aparca en una vereda y sube a pie. Antes de llegar, enciende el teléfono de prepago que ha comprado días atrás en un locutorio. Es el momento de la verdad, el punto de partida que lo inicia todo y del que ya no habrá marcha atrás. Ni un ápice de duda, ni una vacilación. Marca la única llamada que pretende hacer con el dispositivo antes de arrojarlo a un contenedor de basura.

–¿Hotel Iturmendi? –responde una voz femenina.

–Buenos días, soy Goyo Irastorza. –No simula ninguna voz concreta, pues desconoce el tono de aquel miserable–. Tengo una reserva para esta tarde y me gustaría dejar una sorpresa

para mi invitada antes de llegar. ¿Qué número de habitación nos han asignado?

Gorka es consciente de que algunos aspectos de su plan quedan al antojo del azar. Este es uno de ellos. Cabe la posibilidad de que la mujer de recepción se dé cuenta de que no es Irastorza, y con eso todo se vendría abajo.

–Buenas tardes, señor Irastorza. Tiene la 12. Si le podemos ayudar en algo...

–Nada más. Muchas gracias, luego nos vemos.

Sonríe aliviado.

A la hora convenida se aproxima al hotel, confiando en que Daniela no aparezca de pronto. Llega hasta la puerta principal y pasa de largo, gira en la esquina y se adentra en el acceso de servicio, mucho menos vigilado que la recepción y que cuenta únicamente con una cámara de vigilancia.

El edificio tiene una escalera de servicio anclada a la pared lateral, una salida de incendios que nadie pisa a lo largo del día. Es una escalera de metal, cubierta en los laterales, a salvo de cualquier mirada indiscreta. Las puertas de acceso a las dos plantas están paneladas con lamas de madera, lo que le permite mirar al interior prácticamente sin ser visto.

Espera no tardar demasiado en hacerse con una tarjeta para acceder a las habitaciones. Es otro de los aspectos críticos, de nuevo en manos del azar, aunque confía en que el carácter justo y retributivo de su plan reciba algún apoyo divino.

Encuentra el carro de la limpieza en la primera planta. Respira aliviado. Tal y como ha comprobado días atrás, la tarjeta cuelga de uno de los laterales, lo cual más adelante pondrá en un aprieto a la mujer encargada de las habitaciones, que en ese momento se afana en hacer una enorme cama.

A las 13:20 horas se sitúa frente a la puerta de la habitación 12, se pone unos guantes, inspira profundamente para relajar su ánimo y entra con decisión. La habitación está vacía, como estaba previsto. Sin demora, acude al escritorio, en cuyo cajón encuentra los típicos artículos de papelería. Coge una cartulina y el bolígrafo con la mano izquierda, pese a ser diestro, para evitar cualquier reconocimiento caligráfico. Con letra ajena y mayúscula escribe: «Cortesía del hotel. A su invitado le gustaría que lo tuviera puesto cuando llegara».